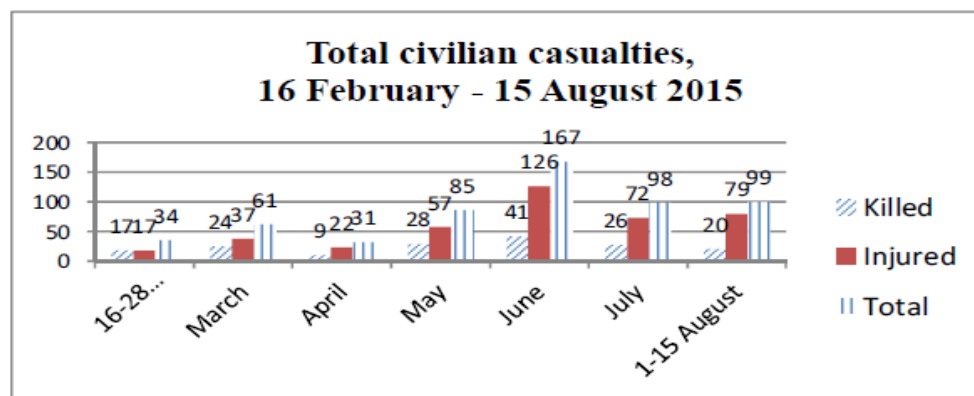


Citar: Apellidos, N. (2015) "Título", en: González García, E.; García Muñiz, A.; García Sansano, J. e Iglesias Villalobos, L. (Coords.). *Mundos emergentes: cambios, conflictos y expectativas*. Toledo: ACMS, pp.

DE CERCA. IMPRESIONES DEL IMPACTO DE LA GUERRA EN EL DONBASS

Irene Zugasti Hervás. *Universidad Complutense de Madrid*



RESUMEN

Ignorada hoy por los medios occidentales, la guerra civil enquistada en el este de Ucrania sigue cobrándose víctimas que se cuentan por miles ante la pasividad de la comunidad internacional, que hace ya meses dio de lado el conflicto. Mientras, la dificultad de establecer flujos regulares de ayuda humanitaria, el desdén de las ONG's internacionales y la compleja reconstrucción de la región bajo nuevas formas de gobierno ha sumido a la población civil de la región del Donbass en una situación inimaginable hace ya dos años, cuando estallaban las protestas del llamado EuroMaidán en Kiev.

La carencia de una perspectiva crítica a la hora de contextualizar y contemplar las distintas aristas de la guerra en el Donbass ha sido uno de los grandes problemas a la hora de abordarla. Esta tendencia se ha venido observando especialmente en los medios de comunicación occidentales y su cobertura del conflicto, la cual responde a la lógica de cómo y bajo qué intereses se han generado los nuevos discursos en torno a Ucrania. La política interna de esta guerra no puede entenderse sin las claves de la intervención exterior en el tablero geopolítico del espacio postsoviético.

Esta ponencia expone la visión personal en el terreno de una testigo de primera mano, aportando sus impresiones obtenidas tras visitar la región de Lugansk durante la pasada primavera de 2015. La autora pretende arrojar luz sobre esta guerra trayendo las imágenes y testimonios en el terreno de diversos actores del conflicto que no han tenido voz propia en los grandes titulares.

PALABRAS CLAVE

Donbass, Novorrosia, Lugansk, Ucrania, Guerra Civil

Introducción

La necesidad de un enfoque desde el terreno

Pasear por Alchevsk, en la autoproclamada República Popular de Lugansk al este de Ucrania, inspira más desasosiego al pensar en su futuro que en su pasado reciente. Es una ciudad industrial, pequeña, abrazada por una descomunal acería que enmarca el horizonte con enormes chimeneas. La industria pesada, tan simbólica del pasado soviético de la región, era paradójicamente su pulmón, hasta que la guerra rompió los cristales de sus ventanas. Hoy intentan poner de nuevo en funcionamiento la vieja acería con la sombra de la guerra aún cernida sobre el gris cielo de otoño en Donbass.

Viajé a Alchevsk la pasada primavera dentro un proyecto de solidaridad internacionalista que buscaba, entre otros objetivos, romper el silencio mediático en torno al conflicto en la región y establecer un flujo de material humanitario que paliara, aunque fuera mínimamente, las necesidades de la población civil. Durante el viaje pude conocer no sólo la ciudad de Alchevsk sino gran parte de la República Popular de Lugansk, una de las dos Repúblicas Populares emergidas en el este del país al calor de esta guerra.

La guerra civil en Donbass se ha cobrado, -según el último informe emitido por la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de la Organización de las Naciones Unidas el 8 de septiembre mientras se escriben estas líneas- 8000 personas fallecidas desde que comenzara a contabilizarse las víctimas en abril de 2014. Concretamente, en los últimos seis meses contabilizados, en los que la región ha permanecido bajo un presunto alto al fuego fruto de los acuerdos de Minsk II, se han registrado 575 víctimas civiles en la zona de conflicto, con 165 civiles asesinados, la mayoría por morteros, cañones, obuses, tanques y MLRS, y 410 civiles heridos.

Pero todas estas cifras deben ser tomadas con mucha cautela, pues lo sesgado de informes como el antes mencionado se percibe con sólo asomarse a sus páginas. La obtención de información y voces que narren otras perspectivas al otro lado del Donets es una tarea muy compleja, especialmente si no se maneja el idioma ruso.

En una Europa que ha vivido con consternación durante los últimos meses la crisis de los refugiados sirios, una Europa donde se ha clamado contra el horror de la guerra como siempre que la tragedia se asoma peligrosamente a nuestras ventanas, no ha habido sin embargo apenas espacio en el debate público para hablar de Donbass desde que el conflicto estallara. Injustamente simplificados bajo el apodo de “rebeldes”, “prorrusos” e “insurgentes”, la población del este del país ha sido silenciada y aislada, como si este conflicto en la puerta de atrás de la vieja Europa no tuviera un coste humano más allá de la retórica geopolítica.

La necesidad de un acercamiento al terreno, a los testimonios de su población, era sobre todo un empeño personal más que académico: tras meses de investigación, había muchas incógnitas pendientes, quizá demasiadas para resolver en un puñado de días en Donbass, no obstante, era necesario entender qué había hecho mal aquel pueblo para sufrir los duros golpes de los grad, pero sobre todo, los de la indiferencia.

Antecedentes

La guerra que nos contaron.

Los acontecimientos de la historia reciente ucraniana avanzan rápido, muy rápido: no se han cumplido dos años del conflicto mientras se escriben estas líneas. Haciendo una rápida retrospectiva sobre lo que Occidente quiso saber del conflicto, el comienzo del fin de una

Ucrania pacífica comenzaba las vindicaciones pro europeas en Maidán –tan aplaudidas desde Washington y Bruselas- que calentaron el invierno de Kiev y pusieron en jaque al gobierno de Víctor Yanukovitch. Nos contaron que Ucrania quería cambios, que sus lazos con Rusia no eran sino eran cadenas y mordazas, que su gobierno era represor y corrupto y que su destino debía estar en Europa.

A nuestras portadas se asomaron los eventos de febrero de 2014 en la plaza de Maidan, nos hablaron de aquel insolente referéndum de marzo en la República Autónoma de Crimea, y pronto llegó la noticia, apenas un mes después, -era 14 de abril- de que el gobierno de Kiev iniciaba una operación de seguridad en las regiones del este de Donetsk y Lugansk para volver a ganar el control del territorio y tomar los edificios incautados por los grupos armados durante esa primavera.

Supimos de la tragedia del 2 de mayo en Odesa, cuando decenas de personas fueron calcinadas en la Casa de los Sindicatos, aunque nunca fue narrada con la suficiente profundidad como para asumir lo que ello significaba. El referéndum de autonomía en las regiones de Donetsk y Lugansk del 11 de mayo, -que, como nos repitieron machaconamente, contravenía la Constitución de Ucrania y todas las normas y estándares internacionales- y los procesos de autonomía y federalización de la región fueron vistos como órdenes del Kremlin y no valorados en su integridad como proyectos complejos de enorme interés. Aquel vuelo civil de Malasia Airlines que cayó entre Donetsk y Lugansk día 17 de julio alimentó el juego de la rumorología, los tweets y las conspiraciones ¿quién, y por qué, se atrevió a derribarlo? A veces el silencio es la mejor respuesta: hoy, nadie recuerda aquel avión. Los acuerdos de Minsk de septiembre de 2014 y posteriormente, de febrero de 2015 que dieron lugar al alto el fuego parecieron calmar las expectativas de la comunidad internacional. La atención mediática hacia el este de Ucrania fue desviándose paulatinamente hasta terminar por ser un apagón informativo. Hoy ha pasado un año de aquel aciago verano de 2014 en el que se cercó Lugansk y se arrasó Donetsk, siete meses desde la batalla de Debaltsevo, y la dura resistencia novorusa sigue en pie. Nadie dijo que iba a ser una guerra corta, o acaso, pocos esperaban encontrar tal firmeza en la insurgencia del Donbass.

La afluencia de combatientes extranjeros, muchos desde el propio Estado Español, hizo saltar las alarmas internacionales sobre el conflicto ¿qué hacía a jóvenes sin ningún vínculo aparente con aquella región atravesar los 5000 kilómetros que les separan de Donbass para combatir en una guerra que ni les va, ni les viene? Quedaba patente que esta guerra era mucho más compleja de lo que aparentemente parecía y había despertado sentimientos de internacionalismo que traían viejos ecos del pasado.

Desde 1991 hasta hoy, la reconfiguración de Ucrania en el espacio postsoviético merece un capítulo aparte por su complejidad y a su vez su lo significativa que resulta para ilustrar los procesos geopolíticos de la posguerra fría. En el actual conflicto en Ucrania, los procesos de construcción de identidades han sido dominados por las estrategias geopolíticas de los poderes en pugna por la hegemonía del espacio postsoviético, que han ido articulando antagonismos históricos bajo nuevas formas del ejercicio de soft power atlántico, como ya viéramos en sus predecesoras Revoluciones de Colores. Esta guerra nos remite inexorablemente a aquel largo telegrama de George Kennan , principal experto en asuntos soviéticos del Departamento de Estado en los años de la Doctrina Truman y cuya misiva trazaba la política exterior estadounidense para las siguientes cuatro décadas de su historia venidera.

Harold Mackinder a principios del pasado siglo advertía al imperialismo británico, entonces hégemon indiscutible, la importancia de la “región pivote ”: “Quien gobierne la Europa Oriental dominará el Corazón Continental; quien gobierne el Corazón Continental dominará la Isla Mundial; quien gobierne la Isla Mundial dominará el mundo” (1919). Convenía vigilar de cerca a ese corazón, reconfigurarlo cada cierto tiempo, pues de ello dependía la supervivencia de quienes irremisiblemente orbitaban a su alrededor. De Mackinder a hoy han pasado muchas guerras, muchos muertos, pero el corazón continental sigue latiendo en el centro de las Relaciones Internacionales.

La relación histórica entre Rusia y Ucrania se entierra en profundas raíces que se remontan siglos atrás. Bien conocido es el aforismo de que Rusia, con Ucrania, puede llamarse imperio. La articulación misma de la identidad nacional en torno al Rus de Kiev ha marcado la historiografía eslava y justificado las relaciones internacionales desarrolladas en su espacio geopolítico. Estos lazos, que hoy han sido percibidos por los partidarios de Kiev como crueles cadenas, entretejen una historia de influencia mutua que no es sencilla de desmadejar, pero que queda patente en el terreno. La retórica de plantear el conflicto en clave de democratización prooccidental versus totalitarismo ruso ha sido exitosa en Europa y ha reavivado (como si alguna vez se hubiera apagado) la llama de la animadversión hacia lo ruso como el enemigo eterno. Por ello mismo los viejos códigos realistas y sus defensores, desde Huntington a Brezinski, siguen vigentes. Mitt Romney, el candidato republicano a la elección presidencial de Estados Unidos en 2012, afirmaba entonces que "Russia Is No. 1 Geopolitical Foe".

No es objeto de este artículo hacer un análisis exhaustivo sobre los antecedentes históricos remotos que cimientan la naturaleza de este conflicto. Sólo aportar algunas explicaciones que permitan entender las circunstancias del Donbass que se narran aquí. En esa línea, es interesante traer la reflexión de Ruiz González, sobre la clara continuidad de la trayectoria histórica rusa desde el nacimiento del Rus de Kiev en el siglo IX, del que se deriva su papel de liderazgo en la «civilización ortodoxa» de raíz bizantina y por ello, la historia rusa es inseparable de la bielorrusa y la ucraniana. El movimiento de las fronteras en la zona ha sido constante a lo largo de los siglos por lo que es complejo determinar con claridad las lindes históricas en la región. Por todo ello, el nacionalismo ucraniano se ha visto obligado a generar un discurso propio muy vinculado a los intereses políticos y económicos de un sector muy concreto de la población ucraniana, pero no ha conseguido homogeneizar su discurso ni lograr consenso en torno a sus postulados principales. En la época de entreguerras, en las regiones del oeste de Ucrania se reforzó lo que Wilson define como etnonacionalismo, que contemplaba Rusia como la antítesis a su existencia. Del etnonacionalismo surgió la rama más radical, la teoría del “nacionalismo integral”, cuyo padre, Donstov, distorsionaría para ponerla al servicio de la ideología nacional socialista. Donstov propuso un nuevo "nacionalismo profundo" y una "voluntad nacional", en la que la violencia era un instrumento necesario para su desarrollo. La frontera entre las ideas nacionalistas de una Ucrania independiente y alejada de Rusia y las de la ultranacionalismo reaccionario siempre han sido demasiado ambiguas, pues sus principales cuadros ideológico-políticos –pasó con el banderismo de entreguerras y ocurre hoy- son dependientes de intereses exteriores con un discurso nacional simple y más destinado a articular la desposesión de poder de Rusia que a la construcción de un proyecto nacional propio.

Muchos de los líderes de la insurgencia nacionalista ucraniana se refugiaron en Estados Unidos y Canadá, donde pudieron reconstruir su carrera política y académica gozando de cierto trato de favor por sus posturas anti-soviéticas. Los intelectuales disidentes trabajaron especialmente en reescribir la historia ucraniana y difundir un nuevo discurso en clave nacionalista y

antisoviética. La nueva construcción nacional se articuló desde el exilio denunciando durante los 70 y 80 desde la academia norteamericana los procesos de rusificación cultural: el ucraniano solo podía desarrollarse en el “mundo libre”, bajo los valores de sus patrocinadores occidentales. Para Gerald Sussman, la promoción de la democracia no fue sino un término propagandístico para justificar los intereses de los Estados Unidos y la Unión Europea en el terreno: intereses energéticos, económicos, de integración transnacional, de reafirmación de la OTAN tras la caída del telón de acero, y en definitiva, de aislamiento a Rusia, desplegando el “poder suave” como ejercicio acorde a las estructuras del nuevo orden mundial. De Soros a Brzezinsky, de Albright a Nuland, estos neocom de la alta política americana con orígenes euroasiáticos han sido los principales valedores de estos movimientos funcionando a través de fundaciones, organizaciones no gubernamentales y movimientos civiles, que exportan valores pro atlantistas a la par que hacen circular el capital inversor, pues procesos de reforma política y de privatización económica han ido de la mano en la Ucrania postsoviética. Y de aquellos barros, estos lodos.

Euromaidán, como la revolución Naranja de 2004, ha querido retratarse como un movimiento popular bajo los valores de la universalidad democrática occidental. Guido Westerwelle, el jefe de la diplomacia alemana, acudió a la plaza de Kiev en compañía de los principales valedores políticos de Maidán, de dudosas inclinaciones políticas. Tras entrevistarse con ellos a puerta cerrada declaró: «No estamos aquí para apoyar a un partido, sino que apoyamos los valores europeos. Y cuando nos comprometemos con esos valores europeos nos agrada saber que la mayoría de los ucranianos comparten esos valores, que quieren compartirlos y desean seguir la vía europea» La imagen de juventud y aperturismo que se ha ilustrado desde Europa contrasta con la incómoda aparición de elementos de dudosa legitimidad democrática: partidos de ultraderecha, simbología xenófoba y nazi en las plazas públicas, odas populares a figuras del nacionalsocialismo ucraniano, matanzas como la de la casa de los Sindicatos en Odessa en marzo de 2014. Euromaidán parecía una Revolución Naranja 3.0, pero terminó virando peligrosamente a una “primavera nazi”, en la que estandartes con el rostro de Bandera y las esvásticas presidían los edificios gubernamentales de Kiev. En el peligroso camino a la rescritura del pasado, el ultranacionalismo de derechas ha sabido introducir sus discursos mientras se desplazaba el pasado soviético de Ucrania, revisado en la historiografía y la memoria colectiva nacional ucraniana.

Acertadamente, Ruiz Ramas afirmaba que el éxito del Euromaidan no se sustentaba ni en un sesudo análisis sobre los términos del Acuerdo de Asociación con la UE –cuyo rechazo por el gobierno de Yanukovich encendiera la mecha de las protestas- ni sobre su impacto en la economía y sociedad ucranianas, sino en la idealización de la Unión Europea. Y como la identidad propia se ve mejor reflejada en espejo ajeno, occidente no ha dudado en abrazar ese idealismo que reforzaba aún más si cabe su convicción, totalmente exenta de autocritica, de que no hay alternativa posible al atlantismo. Si bajo la forma de nacional-liberalismo el nacionalismo ucraniano apareció revestido de naranja, el segundo retorno del nacionalismo ucraniano ya con formas mucho más brutales empezó tras las elecciones de 2010.

Euromaidán como estrategia global de redefinición de identidades en el espacio postsoviético, tiene claros antecedentes y no ha sido un fenómeno aislado ni espontáneo, sino que podría enmarcarse en las llamadas revoluciones de colores, aunque quizá sería más acertado utilizar el concepto de “revueltas electorales” de Bunce y Wolchick, cuando no utilizar el punto de vista de los analistas que se refieren a estos fenómenos como “golpes exportados”. En ellas, los factores domésticos y los externos eran difíciles de distinguir, aunque en apariencia, era los

artífices del cambio político eran jóvenes activistas con manuales de Gene Sharp en la mano y ansiosos de libertades.

González Villa apunta que dichas “revoluciones” respondieron a un momento histórico determinado, una reacción inmediata a la recomposición exterior rusa. El Báltico ya se había “conquistado” desde 1991, pero Ucrania, Bielorrusia y Moldavia permanecían bajo influencia rusa, y así, entre 2003 y 2005 se produjeron estas revoluciones en zonas de interés estratégico para Rusia, en íntima relación con la cuestión energética. En el periodo 2003-2005, cinco campañas electorales terminaron con protestas masivas; en tres casos llevaron al cambio de poder inconstitucional (Georgia, Ucrania, Kirguistán), mientras que en dos casos (Azerbaiyán, Armenia) dieron lugar a una desestabilización política con consecuencias en todos los ámbitos de la política interna y externa de esos estados.

Lo demás es historia reciente: el Euromaidán aupó al nuevo gobierno, la llamada Junta de Kiev. El espectro político que se reunía en la plaza Maidán y que ocupó los puestos de poder en el nuevo gobierno tras el derrocamiento y partida de Yanukovitch el 22 de febrero de 2014 puede centrarse en cuatro grandes grupos: En primer lugar está «Batkivshina» o Unión Panucraniana «Patria» la plataforma de Timochenko, secundada por Olexandre Turtchinov, nombrado presidente interino de Ucrania tras la partida de Yanukovich. Batkivshina es un partido liberal proeuropeo, que de hecho, es miembro observador del Partido Popular Europeo (PPE) como lo es, por ejemplo, el CDU (Unión Cristiano-Demócrata Alemana) de la canciller Merkel. Otro miembro muy carismático de esta formación es Arseni Yatseniuk, quien ya ocupó cargos de ministro bajo la presidencia Yushchenko, y nombrado primer ministro.

El Segundo en discordia es UDAR (Alianza Ucraniana Democrática por la Reforma). Este partido, también liberal y proeuropeo, se creó en 2010 con la unión de dos partidos, uno de los cuales era Pora, germen del movimiento de jóvenes que había sido la vanguardia de la revolución naranja. UDAR quiere decir «golpe» en ucraniano y no en vano está dirigido por el boxeador y excampeón de mundo de pesos pesados Vitali Klitschko. UDAR cuenta entre sus socios extranjeros al IRI (de McCain), el NDI (presidido por Madeleine K. Albright) como figura en su página web.

El partido Svoboda (libertad) ha sido la correa de transmisión ideológica, pero también de acción, del movimiento de ultraderecha ucraniano. Obtuvo casi la mitad de las carteras distribuidas en Kiev por el nuevo «gobierno provisional» de inicios de 2014. Su jefe, Oleg Tiagnibok, era uno de los miembros de la triada presidencial, y no esconde sus posturas xenófoba, antisemita, homófoba, antirrusa y anticomunista.

A la pinza que esta triada hizo en torno a Maidán para acabar con Yanukovitch se les suma el cuarto grupo de corte fascista presente en la plaza Maidán, probablemente es el más violento. Conocido con el nombre de «Pravy Sektor» (Sector Derecho), es la coalición de una multitud de grupúsculos de la extrema derecha radical y fascista a la derecha de Svoboda. Se presentan como continuadores de las formaciones de la Liga de los Nacionalistas Ucranianos de Stepan Bandera, del Ejército Insurgente Ucraniano y de la División de las Waffen SS- Galicia, a las que rinden culto públicamente, como también lo hace Svoboda. Sus miembros se vanagloriaron públicamente de la matanza producida en Mayo en la casa sindical de Odessa y muchos de sus integrantes conformaron el Batallón Azov, destacamento voluntario de extrema derecha. Este batallón, hoy regimiento, es dependiente del Ministerio de Asuntos Interiores y está financiado por el oligarca Igor Kolomoisky. Su fama le precede por acoger varias decenas de combatientes

extranjeros en sus filas pese a la prohibición expresa a los mismos de combatir en las fuerzas armadas ucranianas, pero sobre todo, por acumular múltiples denuncias de crímenes de guerra que en las regiones del este, denuncias que de momento han sido desoídas por el gobierno kievita.

De cerca

Novorrosia desde dentro

Las carreteras que atraviesan el suroeste de Lugansk, en los territorios controlados por las milicias populares, son caminos llenos de zanjas y socavones. Recorrer los 104 kilómetros que conducen desde el puesto fronterizo de Izharino, hoy un amasijo de escombros calcinados, a la ciudad de Alchevsk, lleva alrededor de seis horas de tortuoso camino.

A los lados de la calzada se van dejando pueblos que salpican la estepa. Llama la atención la planicie del terreno, la facilidad para ver más allá de la siguiente ladera. La guerra no es obvia, no es dolorosamente clara: para encontrarla hay que saber buscarla. Está en los grafitis de las paredes, en el sigilo de las casas vacías, en los cristales rotos. Hasta que a mitad de camino, pasado Krasnodon, la ciudad del carbón, la evidencia es ineludible: una aldea devastada recibe la carretera en silencio, apenas un par de edificios en pie, una tienda de paso. Todavía hay un misil clavado en la tierra entre los cimientos de una casa en la que se intuye una cocina hecha pedazos. De modo que eso era la guerra.

Las afueras de Lugansk guardaban aún esta primavera las cicatrices de un verano de incesantes ataques. Un centro comercial, el más importante de la ciudad, bombardeado mientras permanecía abierto en funcionamiento, es hoy una mole fantasmagórica a la entrada de la capital del oblast. No cuesta imaginarse aquel agosto cuando se escuchan los testimonios de quienes sobrevivieron el sitio de la ciudad: la población se vio obligada a permanecer días enteros en sótanos húmedos y sin ventilación, a pelear con sus vecinos por los suministros más básicos, a arriesgar la vida para cruzar una manzana y poder comprar algo para cenar. Los que allí estuvieron narran escenas dantescas: toparse con un coche cargado de maletas con sus ocupantes muertos atravesado en una avenida; un cohete anclado entre los columpios de un parque; el ruido ensordecedor de un grad acercándose, aprender a costa de la experiencia en carne propia que si ese sonido se aproxima, más vale echar el cuerpo a tierra que correr si uno quiere salvar la vida.

Los checkpoints que se atraviesan en el camino tienen la bandera de Novorrosia ondeando sobre las barricadas. La misma bandera corona también en edificios, en uniformes, se vende en los mercados, hay incluso tiendas de parafernalia variada donde pueden comprarse banderines, camisetas o tazas, a gusto del consumidor. No es sencillo transmitir el sentimiento de pertenencia que esa bandera inspira en Donbass.

Los territorios de la Ucrania sur y el Donbass oriental, en los años de esplendor de los Romanov, se tornaron una región multiétnica con habitantes procedentes de todo imperio, de ahí que la “California Europea” pasara a llamarse popularmente la Novorossia o Nueva Rusia. La región fue conquistada por el Imperio ruso a los otomanos a finales del siglo XVIII y permaneció bajo su control hasta la Revolución de Octubre y el colapso del imperio en 1917. Para principios del siglo XX, la mayoría de los principales centros urbanos en Ucrania estaban en el sureste de la región y su cultura y religión eran rusas. La región de Nueva Rusia fue incorporada en 1922 a la República Socialista Soviética de Ucrania. Tras la disolución de la

Unión Soviética, el término Nueva Rusia se rescató para ser reivindicado por los independentistas de la región. La emergencia de Novorrosia como vindicación respondía a la coyuntura de la región, que había sido desde la independencia de Ucrania discriminada étnica y lingüísticamente, pero sobre todo, a que experimentó durante toda la década posterior al 89 un descenso tremendo en su calidad de vida. Las protestas de los mineros de Donbass fueron famosas por su rotundidad: era una región industrial que se veía abocada al colapso social mientras veía cerrar y privatizarse sus industrias y minas, empobreciéndose y aislándose a pasos agigantados. Con los sucesos de Maidán de principios de 2013 y 2014, el proyecto novorruso cobraba entonces más sentido que nunca.

El día 24 de mayo de 2014 las Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk proclamaron la nueva República Unida de Novorossia en el transcurso de un Congreso con la asistencia de 145 delegados de 8 regiones del Sur-Este de Ucrania. Los entonces recientes referéndums de autodeterminación de ambas repúblicas habían arrojado resultados inequívocos a favor de la independencia. El objetivo a medio plazo era reunir en el marco de una autodeterminación los demás oblast de la ex Ucrania que se constituyeran como Repúblicas Populares mediante referéndum. Hoy por hoy el proyecto de confederación se encuentra "congelado" y no está contemplado por los acuerdos de Minsk.

Novorrosia es un proyecto que tiene muchos enemigos, internos y externos. No es sólo la guerra, o la decisión de Kiev de paralizar toda financiación de pagos sociales a la población de las Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk, o las maniobras de bloqueo y suspensión de las operaciones bancarias desde la Junta. La propia oligarquía local percibe como una amenaza el proyecto federal por sus bases económicas y sociales, por la estructura del gobierno y el programa político del nuevo Estado y los valores que representa. La tierra, el subsuelo, el agua, la flora y la fauna, así como los principales activos industriales y financieras creadas por «el trabajo de las personas» son de propiedad pública, y no puede ser de propiedad privada. En una tierra expoliada por la oligarquía local, donde se adquirieron las industrias estatales por la fuerza e ilegalmente haciéndose así inmensamente ricos y donde las industrias internacionales han ido poco a poco asentándose en el terreno, la nacionalización de sus recursos naturales –en especial su minería y la industria metalúrgica- es la promesa de un futuro.

El comandante Alexei Mozgovoy afirmaba hace unos meses: “No puedo convivir con la ideología que Occidente impone a Kiev ahora. Nos obligaron a apartarnos de nuestras raíces. Y ahora pretenden prohibirnos ser lo que somos”. “Podemos construir un Estado Nuevo, y una sociedad nueva, social, civil, en la que los seres humanos estén por encima de todo. Sabemos qué es lo primero que hay que hacer y ya lo estamos haciendo”. Y es que para hablar de Novorrosia, hay que hablar de la Brigada Prizrak.

El Comandante Mozgovoy era omnipresente en los pueblos al sur de la RPL. En un solo día coordinaba las visitas a las granjas nacionalizadas con los actos oficiales, las obras de reconstrucción de algún edificio oficial y la línea del frente. Durante nuestra estancia en la región, su equipo era de facto, el garante de la estabilidad de la zona. Su brigada, la Prizrak, gestionaba, por ejemplo, el comedor popular que cocinaba cada día para cientos de vecinos de Alchevsk, la mayoría de su población más anciana, a la que la guerra le había conducido a condiciones de vida absolutamente precarias. Cuenta con un batallón dedicado en exclusiva a la distribución de ayuda humanitaria que se mueve por toda la región. Al coincidir con las fechas de la conmemoración del 75 aniversario del Día de la Victoria, el pueblo de Donbass se había dado una pequeña tregua entre tanto sufrimiento y diferentes actos festivos y culturales se

habían programado en la zona: había música, bailes, desfiles, siempre bajo la atenta mirada de las milicias, que forman parte del paisaje cotidiano de los pueblos: no en vano son sus propios vecinos y vecinas los que componen los destacamentos voluntarios. En sus filas hay cosacos, nacionalistas rusos, brigadistas internacionales, comunistas. Fue la misma Brigada la que permitió celebrar el Foro de Solidaridad Internacional “Antifascismo, Internacionalismo, Solidaridad”, un encuentro de diferentes fuerzas de la izquierda local e internacional en Alchevsk. La “Prizrak” o “Fantasma” no en vano, obtuvo su nombre de las veces que la daban por muerta y volvía a reaparecer en esa zona de guerra aislada y olvidada por las nuevas autoridades de las repúblicas, cada vez más inclinadas a las presiones de las élites económicas locales ávidas de poder en los nuevos estados. Su presencia incomoda a muchos, porque, -aún con sus claros oscuros ideológicos largamente debatidos- se ha postulado como una alternativa popular real, un proyecto que supera con creces lo estrictamente militar, la oportunidad de construir con unas bases y principios propios una nueva realidad política no impuesta desde los grandes despachos de la diplomacia internacional.

Apenas dos semanas las celebraciones de aquel 9 de mayo de 2015 Mozgovoy y su equipo (su jefa de prensa y escoltas) eran asesinados en una emboscada en carretera. La misma carretera que recorrían cada día arriba y abajo, la arteria de aquellos pueblos.

Hoy por hoy, la milicia sigue en pie. Seis meses después de la toma de Debaltsevo, las tareas son tan acuciantes en primera línea como en la retaguardia.

La situación humanitaria

La escasez de medicinas es grave en toda la región. También hacen falta otros suministros básicos, como en todas las guerras. Pero lo que los habitantes de los pueblos nos pedían no era medicamentos, ni siquiera dinero. Lo que pedían son respuestas. La necesidad de no saberse ignorados, de mostrarnos su realidad (una casa quemada, una foto) era y es tan acuciante como difícil de ser contestada. La verdad es dolorosa, pues su realidad humanitaria no llena ningún gran titular.

La cifra de personas refugiadas y desplazadas ronda el millón. 600.000 de ellas, según el Servicio Federal de Inmigración ruso, han solicitado asilo en el país vecino. De otros daños colaterales –la devastación de ciudades enteras, la destrucción de infraestructuras básicas, el exilio de gran parte de su población más joven- no hay estimaciones accesibles aún. Pasarán décadas hasta que Donbass pueda recuperarse.

Roman Demyan, que preside desde Madrid una organización de ayuda humanitaria para el Donbass, consiguió acceder el invierno pasado a la zona. Tras un enorme periplo burocrático infructuoso, y desesperado ante la indiferencia general, hubo de cargar su propio coche de medicamentos, juguetes y ropa desde Madrid y conducir los 5.000 kilómetros que le separaban de su tierra natal. Cuando llegó a Lugansk, era el día de Año Nuevo. El viaje de Román, horas de fronteras bloqueadas, días enteros aislado en la nieve, kilómetros hacia adelante y de nuevo hacia atrás, con la certeza de saberse solo en su aventura, representa muy bien el tortuoso camino hacia una salida digna para esta región.

Conclusiones

¿Y ahora, qué?

Los informes internacionales hablan de una notable disminución en bombardeo indiscriminado después de la aprobación de la febrero 12 paquete de medidas para la aplicación de los acuerdos de Minsk. Pero los partes de guerra siguen llegando cada día, se registran batallas en el frente, las partes mantienen desplegadas sus fuerzas y desde ambos lados se ha afirmado que el enemigo prepara movimientos ofensivos. En general, la situación militar continúa siendo extremadamente tensa y tras la derrota de Debaltsevo una nueva fase de la guerra podría abrirse este otoño.

Por otro lado, las rondas de diálogo continúan en Minsk, pero los puntos acordados siguen siendo papel mojado. Mientras, hay otra guerra que ya se ha ganado. Christine Lagarde, Jefa del Fondo Monetario Internacional, llegó a Kiev el 6 de septiembre para la misión de la evaluación del FMI en el país. Lagarde admitió estar impresionada con los progresos del Gobierno ucraniano hacia la estabilización de la economía del país, gracias las reformas estructurales impuestas desde su institución, a la restauración del sector bancario, el recorte del gasto público y el favorecimiento de la inversión extranjera. De hecho, cuatro fondos de inversión estadounidenses, la Unión Europa y el FMI condonaron 3.800 millones de dólares de los casi 20.000 que debe Ucrania, es decir, una quita del 20% de su deuda y un aplazamiento de pagos. Las condiciones que este mismo verano le fueron negadas a Grecia y precipitaron la crisis política del país.

Mientras en Alchevsk intentan poner de nuevo en marcha la acería, la ciudad vecina de Kirovsk también intenta recomponerse: la maestra de una de sus escuelas elementales cuenta que 20.000 personas, de una población de 25.000 habitantes se habían marchado lejos de allí en apenas un año. En su clase le preguntan cada día si la guerra ha terminado porque no quieren volver a correr al sótano cuando escuchan caer los grads. Y ella pregunta con gesto ansioso. ¿Qué dicen de esto en vuestro país? ¿Acabará la guerra?. Preferimos mirar al suelo antes que decirle que de ella y su futuro, en nuestro país, nadie dice nada. Se despidió desde la ventanilla con la promesa del reencuentro. Se quedó ahí, en medio de la avenida vacía junto a los milicianos, en Kirovsk, República Popular de Lugansk, tierra de olvido y silencio, agitando el brazo, mirándonos marchar.

ANEXO

Gráfico I

Total de víctimas civiles tras el alto el fuego del 16 de Febrero de 2014.

Fuente: Naciones Unidas.

Gráfico II



Región histórica de Novorussia.

Fuente: Novorossia Herald.

Gráfico III



Mapa de la situación en las regiones del este de Ucrania según fuentes gubernamentales de Kiev a fecha de 10/09/2015.

Fuente: mediabno.org